Emilio Delboy
Blasco Ibáñez en Estados Unidos
(*El Tucsonense*, 25-2-1928)

NUEVA YORK, febrero.— Los Estados Unidos, país de oportunidades, y especialmente Nueva York, presunta Meca del Mundo, dieron a Vicente Blasco Ibáñez, el enorme novelista que acaba de fallecer en Mentone, el turno que le correspondía en el éxito de su talento privilegiado, a poco que un golpe de azar o de fortuna, que tanto es menester para el triunfo, lo pusieran ante la expectativa del público.

Ibáñez ha fallecido amasando una fortuna cuantiosa, dos terceras partes de la cual fueron conquistadas a través de su libros, vertidos al inglés en este país, y por la adaptación cinematográfica de sus principales obras, llevadas a la pantalla por intereses yanquis. Se dice que su valiosa propiedad de Mentone la adquirió sólo con los derechos de autor que derivó en Norteamérica de su obra *Sangre y arena*, volumen que se había traducido antes al inglés pero que pasó desapercibido.

El nombre de Ibáñez se liga en América a una trinidad de altos prestigios en la vida del arte. Fueron Miss June Mathis, quien hizo esfuerzos inauditos y fructuosos para llevar al cine *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; Rodolfo Valentino, que se hizo conocido y célebre interpretando esta obra, y, finalmente, el autor mismo. Por una extraña coincidencia, los tres personajes vértices del igual triángulo, colmados de honores y de fortuna, han fallecido uno tras otro, con interregnos de medio año. Valentino en noviembre de 1926, June Mathis en junio de 1927 y el novelista valenciano en enero del presente.

Miss June Mathis, la escritora cinematográfica más renombrada y mejor pagada de los Estados Unidos, que falleció en un teatro de Nueva York, asistiendo a una representación dramática, se puede decir que fue la originadora de la fama en este país tanto del joven actor como del cuajado novelista. A sus esfuerzos debiose la escenación de *Los cuatro jinetes*. Valentino era entonces un simple bailarín que trabajaba como «extra» en los estudios de Los Ángeles. Miss Mathis ni siquiera lo conocía personalmente. Ibáñez era apenas familiar a las letras inglesas. Como hemos dicho, *Sangre y arena* había pasado inadvertido. Pero el éxito del romance de la guerra, escenado con oportunidad, no obstante clasificarse como una de las más extravagantes producciones de la cinematografía de entonces, puso en la cumbre el nombre de Ibáñez, que desde entonces comenzó a ser el autor extranjero más solicitado y leído de Norte América.

Siguieron a este triunfo las traducciones o reediciones de *Sangre y arena*, *La catedral* y *Mare Nostrum*, que igualmente fueron llevados a la pantalla con éxitos de librería y de teatro. *Mare Nostrum* se llevó al cine en 1920. Sin embargo, el nombre del autor pareció sufrir un eclipse con la aparición de *La tentadora*, editada en inglés en 1923, y *La horda*, aparecida aquí el año último, que no confrontaron el éxito de sus anteriores obras. Los libreros americanos, ávidos de capitalizar la labor de Ibáñez, habían casi agotado la venta del interés público llevando a la prensa hasta los más juveniles ensayos del novelista.

Pero esto ya no importaba. Ibáñez se había enriquecido. Muchos de sus trabajos o de sus artículos, como los muy desgraciados que escribió en 1920 para *The New York Times*, sobre la actualidad mexicana habíalos hecho el autor casi explotando su popularidad o en fiebre de la consecución de ese oro que le fue tan fácil obtener al principio.

Ibáñez sabía porque aunque intelectual, era asimismo práctico... En su primera visita a los Estados Unidos, ocurrida en 1919, había dicho, en Nueva York, a uno de sus íntimos:

—Necesito aprovechar la popularidad que tengo en este país, no solo para mí sino para España. Comprendo que esto ha de pasar. La popularidad en vida dura lo que la espuma. Soy como el torero, que está de moda una vez, hasta que el público empieza a volverle las espaldas.

Tenía entonces Ibáñez el concepto de la discreción. Los honores no le habían mareado y se situaba en el punto medio. Pero lo que pasó más tarde, en su segundo viaje de 1923, prueba con facilidad que la fortuna y los excesos de halago hacen perder la ecuanimidad hasta a los hombres más inteligentes. Ya no se interesaba tanto por el dinero: estaba ávido de renombre, de ambición de poder y de gloria; precisamente de de esa misma gloria que tres años antes juzgase tan efímera. Al mismo amigo le dijo, mientras paseaba a largos pasos su lujoso departamento del McAlpin:

—Soy el hombre más feliz de la tierra. No dependo de nadie y puedo hacer lo que quiera. El dinero me chorrea por todas partes. Ahora voy a la Habana, donde los estudiantes me preparan una manifestación monstruosa. Lo mismo sé que va a pasar en California. Una estrella famosa del cinematógrafo me ha pedido un escenario. No sé sobre qué voy a escribirle. Probablemente en el mar se me ocurrirá algo. Cualquier cosa. Ahora estoy en el caso de imponerme sin que nadie me discuta...

Entonces preparaba Ibáñez su viaje alrededor del Mundo. Estaba en el pináculo. Sus labios barbotaban nombres americanos famosos, que a penas podía pronunciar. Parecía chiflado, según nuestro informante.

—¿Dónde piensa usted terminar su viaje? —le dijo su huésped.

—No sé —respondió Ibáñez con suficiencia, entonces obsesionado con la situación política de España.

—Eso depende de varias circunstancias. Es , muy probable que tenga que regresar a España, de donde esté, si me llaman a actuar, porque la dictadura de Primo de Rivera, que es obra del mismo Alfonso, no puede prolongarse más de seis meses. Esos hombres caerán y entonces verá usted resurgir la España que estamos esperando...

—¿Quiere decir que iría usted al poder, como el primer mandatario, si la revolución le llamase al gobierno? —insinuó el amigo del personaje.

E Ibáñez, dibujando una sonrisa, que trataba de velar su más íntimo pensamiento, repuso:

—Quizá al gobierno no iré; pero si echamos a Alfonso y a Primo, tal vez aceptaría la cartera de Instrucción Pública...

Ya se sabe lo que ocurrió después y no hay quien no conozca los famosos panfletos del valenciano contra el rey Alfonso y el directorio español, que confirman estas anécdotas. Solo que Blasco Ibáñez no parecía ser de la madera de los políticos o la política es tan versátil que es difícil pronosticar acerca de ella, aun para los capaces. La violenta campaña de Blasco Ibáñez contra el soberano español solo sirvió para estrechar las filas monárquicas y para hacer más grande la popularidad de Alfonso XIII.

¿Faltábale a Ibáñez el sentido de la avizoración a gran distancia? ¿No veía acaso ya, como en su primera visita a los Estados Unidos, que la gloria es una veleta y que cuando más se la sigue es acaso cuando más huye o desaparece, parodiando a la sombra? ¡Quién sabe! No hay hombre genial que no cometa errores. Ibáñez parecía ver las cosas, pero las miraba hacia el pasado y en el presente, poco al futuro. Por algo era un gran realista. Su concepto de la psicología del mundo no era perfecto. No entendía a la mujer ni a la política, por ejemplo. De otra parte, tal vez una vida es poca para hacer a un hombre equidistante de los numerosos ángulos de la vida misma. Como el sabio, siempre estaba aprendiendo, pero las turbulencias de su actividad y los numerosos destierros que sufrió, casi con una regularidad monótona le alejaron no solo de su patria, sino de otros aspectos de su percepción y de su cultura, que hubieran hecho de él una figura más completa.

Sus dos visitas a los Estados Unidos debieron hacerle mucho bien. Con ese don de observación que tenía Ibáñez, todo le interesaba y todo lo preguntaba. En Nueva York, prefería andar a pie y siempre llegaba tarde a las citas. Una vez le esperaba un gran banquete. Ibáñez perdió un largo rato observando una procesión de *girl scouts* y llegó con retraso a la fiesta. Presenciando el desfile dijo: «Los Estados Unidos son un país poderoso porque desconocen el sentido del ridículo. Nosotros no veríamos estas mojigaterías en España, pero tampoco veremos muchachas que haciendo piruetas por las

calles logren esta admirable educación física y cívica que aquí ha conquistado la mujer. Los hombres ni siquiera consentiríamos que esto suceda, porque tampoco hemos conquistado esa libertad para nosotros».

Y Blasco Ibáñez debió sentir sus palabras, porque era arbitrario, desigual, pintoresco, humano, y porque pocos como él sintieron más fervoroso cuite por la libertad.